

JAVIER CERCAS: *Anatomía de un instante*, Mondadori, Barcelona, 2009, 463 págs.

El golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 es, posiblemente, el acontecimiento histórico desde la transición sobre el que más se ha escrito en las últimas décadas. No falta aniversario en el que no se publiquen varios libros sobre aquellos hechos, habiéndose conformado una particular literatura tan extensa como de desigual interés. En su mayor parte se ha tratado de narraciones periodísticas que en ocasiones han gozado de seriedad en la investigación y el análisis mientras que en otras, por el contrario, se ha pecado de sensacionalismo, se ha recurrido insistentemente a la utilización de absurdas teorías conspirativas y han primado —más que el rigor— el oportunismo, la búsqueda de complacencia y la justificación para determinados comportamientos o acciones. Los textos históricos o politológicos, condicionados por unas pautas básicas de investigación y por una metodología de trabajo, han brillado por su ausencia y sólo en los últimos años, en la medida en que la distancia lo permite y los objetivos de dichos trabajos se han redefinido de forma concreta, están comenzando a aparecer.

Sin duda alguna, el libro de Javier Cercas sobre el golpe no tiene encaje, ni lo pretende, en estas ni aquellas categorías. Al contrario, su aspiración no es aportar información inédita ni desentrañar los misterios que tan atractivo hacen al caso; y tampoco lo es servirse de unos hechos cargados de literatura, con diferentes actores y tramas desarrolladas en unos pasillos del poder en los que abundaban las intrigas y ambiciones de sus protagonistas, para escribir una novela sobre los mismos. Su objetivo, aparentemente más modesto, pero en realidad de una gran ambición, no se oculta al lector: «incapaz de inventar lo que sé sobre el 23 de febrero, iluminando con una ficción su realidad, me he resignado a contarlo» (p. 25). No se trata, por tanto, de un libro de historia, aunque «no renuncie del todo a ser leído como un libro de historia», y tampoco se trata de una novela, «aunque no renuncie del todo a ser leído como una novela» (pp. 25-26).

La calidad narrativa de Cercas, demostrada en múltiples ocasiones, su agilidad, sus inmensas facultades para la descripción y el retrato psicológico, su extraordinario sentido del ritmo, su talento para la reflexión, su manejo de la estructura, en definitiva, su oficio, le convierten en uno de los pocos escritores españoles con capacidad para abordar tan titánica labor. Sin embargo, todas estas credenciales se antojan insuficientes para pretender desentrañar los detalles de lo ocurrido. Las decenas de volúmenes publicados sobre el denominado 23-F han dado lugar a tal maraña de información, de datos contrapuestos, de interpretaciones más o menos sesgadas, de especulaciones de todo tipo, que intentar hacer alguna aportación sin fuentes que avalen algún dato novedoso o permitan escapar a la trampa de lo hasta ahora escrito es poco menos que imposible. No sólo hay lagunas en cuanto a los documentos desaparecidos o sin desclasificar sino que, además, la versión de los principales actores involucra-

dos, bien es contradictoria con la del resto, bien no se ha producido y, además, posiblemente no se llegue a manifestarse nunca.

Lejos de asustarse por las dimensiones del reto, Cercas se ha dejado seducir por una historia que tiene todos los elementos del drama clásico, de la novela policíaca, del relato épico. Tal y como reconoce al inicio del libro, tras serle requerido un artículo sobre sus recuerdos durante el golpe en 2006 —y es importante fijar la atención en las fechas—, ideó escribir una novela sobre el mismo, en particular sobre el significado del gesto de un Adolfo Suárez «sentado en su escaño mientras zumbaban las balas a su alrededor en el hemicycle desierto» (p. 18). Para ello, se apoyó en el libro que el periodista Jesús Palacios había publicado en 2001, *23-F: El golpe del CESID*. Dos años después, tras alguna interrupción, tuvo listo un primer borrador de una novela de cuatrocientas páginas. Llegado ese momento, en la primavera de 2008, debido a su insatisfacción y a la vista de que las piezas presentadas por Palacios no encajaban, dice el autor: «decidí que la única forma de levantar una ficción sobre el golpe del 23 de febrero consistía en conocer con el mayor escrúpulo posible cuál era la realidad del golpe del 23 de febrero. Sólo entonces me zambullí hasta el fondo en el amasijo de construcciones teóricas, hipótesis, incertidumbres, novele-rías, falsedades y recuerdos inventados que envuelven aquella jornada. (...) Leí todos los libros que encontré sobre el 23 de febrero y sobre los años que lo precedieron...» (pp. 23-24). Lo que inicialmente iba a ser una novela se convirtió, de esta forma, en un relato real sin renunciar a los elementos de la ficción e incorporando una aguda reflexión sobre la propia narración. Apenas un año después, en la primavera de 2009, se publicaba, con revuelo editorial incluido, esta *Anatomía de un instante*, cuya campaña promocional, presentada sin coincidir con la emblemática fecha y sin el envoltorio de ningún premio, ha sido de las más intensas que pueda recordarse.

Algunos de los elogiosos comentarios publicados durante la promoción de la obra, en ocasiones a todas luces exagerados («este libro es una obra maestra de la narrativa europea del siglo XXI», concluía la reseña de Jordi Gracia en el suplemento literario de *El País*, el 11 de abril de 2009; «una de las obras capitales de la literatura en lengua castellana de nuestra época», afirmaba Alberto Manguel tras haber sido elegido libro del año por los críticos de *Babelia*, en su edición del 25 de diciembre de 2009), además de haber sonrojado a su autor, han obviado las advertencias realizadas por él mismo sobre los límites de su texto entendido como ensayo histórico. Al contrario, se ha insistido en su aportación a la comprensión de la historia al haber sido realizado «con la solvencia del historiador más escrupulosamente maniatado al dato y al documento» (Jordi Gracia, *ibídem*). Bien es cierto que, pasado el momento comercial del libro, la crítica que sí ejerce como tal ha sido más comedida en su análisis, señalando algunas de sus carencias literarias. No entraré en ellas, además de por un ejercicio elemental de prudencia, por no tratarse del lugar adecuado. Sí cabe señalar, sin embargo, algunos de los problemas que el libro de Cercas tiene «como

libro de historia» ya que como tal ha sido presentado por la mercadotecnia que le ha acompañado y en ocasiones por el mismo autor, lo cual por otra parte justifica la publicación de esta recensión.

Comenzando por el señalado más arriba, la premura del plazo transcurrido desde que el autor decide profundizar en lo escrito sobre el golpe y la publicación del libro, es evidente que la recogida de información, sin entrar en valoraciones de otro tipo, alberga vacíos importantes y, sobre todo, hace imposible la digestión en tan breve espacio de tiempo de esta literatura, más allá de lo acertado o no de su selección. De esta forma, el autor se ve obligado en no pocas ocasiones a recurrir a la especulación, la conjetura y la opinión. Dicho esto, debo advertir de forma rápida que es altamente improbable que de haber dispuesto del tiempo necesario para revisar con más cuidado la bibliografía sobre el tema tampoco el resultado hubiera variado mucho pues las zonas borrosas, cuando se persigue resolver las dudas que acompañan a aquellos hechos (y no tanto su interpretación general), siguen siendo numerosas. Resulta también desmedido presentar la fase de documentación de la obra como la realización de una investigación profunda en la que se ha acudido a importantes fuentes primarias y secundarias. Ni la biografía de los entrevistados ni el papel jugado por ellos durante el golpe justifican la importancia previa que el autor concede a las entrevistas realizadas: «hablé con políticos, con militares, con guardias civiles, con espías, con periodistas, con personas que habían vivido en primera fila de la política los años del cambio del franquismo a la democracia y habían conocido a Adolfo Suárez y al general Gutiérrez Mellado y a Santiago Carrillo, y con personas que habían vivido el 23 de febrero en los lugares donde se decidió el resultado del golpe». Los hipotéticos resultados de las mismas, apenas reflejados en el texto, no respaldan el entusiasmo del autor al referirse a ellas. Y tampoco cabe la jactancia por haber utilizado las imágenes grabadas durante el secuestro del Congreso, presentando la obtención del vídeo completo de Televisión Española como otro logro de la investigación, ya que lo fundamental de las mismas está en la red al alcance de cualquiera pulsando simplemente el botón de un ordenador. De igual forma, la presentación de la bibliografía y las referencias en el texto al uso que de ella se ha hecho no resisten un ejercicio de escrutinio mínimo. No obstante, Cercas hace de la necesidad virtud y transforma sus carencias historiográficas en argumento para incorporar una interesante reflexión transversal sobre el proceso de construcción narrativa, dando un papel protagonista, como ya ensayara en otras ocasiones, al propio proceso de creación del libro.

Si en *Soldados de Salamina*, su exitosa novela publicada en 2001, la narración giraba en torno al encuentro en los últimos momentos de la guerra civil del líder falangista Rafael Sánchez Mazas, que acababa de escapar de ser fusilado, con un soldado republicano que le busca en un bosque y a la mirada que ambos mantienen mientras el soldado le apunta con su fusil antes de perdonarle la vida, en *Anatomía de un instante* Cercas repite en cierta manera la fórmula una vez desechada la estructura formal de una novela y trata de explicar el 23-F a través

de la exploración del significado de un gesto: el de Adolfo Suárez sentado en su escaño mientras el resto de diputados se tira al suelo ante los disparos al techo de los golpistas. Ese momento es analizado detenidamente desde distintos ángulos, intentando encontrar el porqué del comportamiento de Suárez, y también los de Santiago Carrillo y del general Manuel Gutiérrez Mellado, quienes tampoco se escondieron bajo sus escaños. Para ello, Cercas articula una estructura dividida en cinco partes y un epílogo. Cada una de las partes se inicia con el relato del asalto al Congreso tal y como quedó recogido en las imágenes de televisión. En las tres primeras se centra en los tres personajes que no se arrojaron al suelo, cuyo comportamiento es señalado como heroico por el autor: Suárez, de quien analiza el período previo al golpe, principalmente la situación durante 1980 y la suma de enemistades y malestares que se fueron conformando en lo que denomina «la placenta del golpe», sin duda un acertado hallazgo para explicar lo ocurrido; Gutiérrez Mellado, a quien define como un golpista (en 1936) frente al golpe (en 1981); y Santiago Carrillo, «un revolucionario frente al golpe». En estas tres primeras partes Cercas despliega su talento como narrador, consiguiendo que el relato, en el que introduce diversos géneros, tenga el pulso necesario y mantenga la atención del lector en todo momento. La presentación de los tres personajes principales y su evolución biográfica (un *fascista*, Suárez; un *rebelle*, Gutiérrez Mellado; y un *revolucionario*, Carrillo) enfrentados simbólicamente a los tres golpistas (Tejero, Milans del Bosch y Armada) es sin duda un acierto literario pero deja bastante que desear como explicación ya que ninguno de los primeros, por encontrarse secuestrados durante las horas que duró el golpe, tuvo papel alguno en la función, aunque sí en lo acontecido en los meses anteriores. La importancia atribuida a Carrillo, por más que no llegara a tumbarse en el suelo, es llamativa sobre todo por la ausencia de otros personajes (el Rey, Sabino Fernández-Campo, los generales José Juste o Quintana Lacacci, entre otros muchos posibles) que sí jugaron un papel destacado en la consecución del fracaso del golpe. Las necesidades del guión literario, llevado al terreno de la épica, además, fuerzan incluso la descripción de las imágenes de televisión ya que ni Carrillo mantuvo el porte heroico que se le adjudica (sin llegar a tumbarse, se mantuvo semioculto) ni el resto de diputados permaneció en el suelo todo el tiempo. Leopoldo Calvo-Sotelo, por ejemplo, se incorporó junto a Suárez nada más interrumpirse las ráfagas de subfusil, pero este gesto pasa desapercibido para Cercas por no encajar con el relato literario que ha construido previamente.

Es en la cuarta parte, llegada la página 247, cuando se realiza la anunciada disección del golpe a partir de la literatura a que el autor tuvo acceso. El mérito aquí consiste en ordenar la información para aquellos lectores que no han seguido lo publicado hasta el momento, algo bastante complicado por otra parte. Cercas no entra en los detalles de las disputas y polémicas acumuladas con los años, no pretende aclarar ninguno de los misterios irresolubles y se limita a reconstruir la interpretación general de lo ocurrido, la cual, en líneas generales, se puede rastrear en las publicaciones de los últimos años. Por último, el autor vuelve sobre la figu-

ra de Suárez y su gesto heroico, al poco reconocimiento alcanzado en su momento y la gratitud pendiente con su figura. De nuevo se introducen múltiples planos en la narración, otorgando un papel protagonista al proceso de creación del libro (como ya ocurriera en sus novelas *Soldados de Salamina* y *La velocidad de la luz*), cuestionando incluso su particular planteamiento de la obra: «el gesto de Suárez no es un gesto diáfano sino un gesto transparente: un gesto que significa porque por sí mismo no significa nada (...) pero a través del cual sentimos que podríamos verlo todo. (...) A menos que el reto que me planteé al escribir este libro, tratando de responder mediante la realidad lo que no supe y no quise responder mediante la ficción, fuera un reto perdido de antemano, y que la respuesta a esa pregunta —la única respuesta posible a esa pregunta— sea una novela» (pp. 430-431).

Sobre el 23-F se han publicado numerosas novelas (aunque Cercas parece desconocer este dato: «si no me engaño, apenas se han publicado un par de novelas centradas de lleno en el golpe», p. 36), si bien de discutible calidad: las de Antonio Izquierdo, *Claves para un día de febrero*; José Luis Martín Vigil, *Día «D»: golpe de Estado*; Manuel Vázquez Montalbán, *Aquel 23 de febrero*; David Serafín, *Golpe de Reyes*; Pedro Casals, *¿Quién venció en febrero?*; Cristóbal Zaragoza, *Generaciones 2. Del golpe al cambio*; Carlos F. Pol, *Razón de Estado*; Josep Melià, *La trama de los escribanos del agua*; o Eduardo Mendicutti, *Una mala noche la tiene cualquiera*, entre otras. A la luz del resultado del texto de Javier Cercas «como libro de historia» cabe plantearse si no hubiera sido más acertado el escribir «la gran novela» sobre el golpe, el episodio nacional que ninguna de las anteriores ha conseguido ser. Dotes de narrador, capacidad y oficio no le faltan al autor. Cuestión diferente es si, cómodo como parece encontrarse en la fórmula iniciada con *Soldados de Salamina*, a Cercas le hubiera tentado explorar un ámbito más abierto a la imaginación. El éxito de ventas y de crítica promocional de *Anatomía de un instante* no debiera, sin embargo, ocultar las fallas de este libro que, pese a todo, para aquellos lectores llamados por la campaña publicitaria y sin mayor conocimiento previo del tema, supone una aproximación al golpe de la transición.

*Jesús de Andrés*

Universidad Nacional de Educación a Distancia